

LA ADOLESCENCIA DE LOS GRIFOS

Jorge Torres



Capítulo 1

AURELIA Y LOS GRIFOS

Capitulo 2

La adolescencia de los grifos

Estábamos en esa cuestión de tratar de desprendernos de esa piel que nos cubrió de nacimiento, ese fantasma que queda tras la aparición de la nueva piel, esa impronta de niño que uno de repente se apresura por desprenderse dejándola olvidada en algún lugar oculto, con un dejo de vergüenza.

Ya nos sentíamos orgullosamente grandes, aunque en ese proceso metamórfico, todo nos pareciera más pequeño, el campo menos extenso, la laguna no era tan profunda, después de todo. Los árboles más bajos totalmente trepables, con sus copas conquistables, la primaria estaba por terminar y aunque nuestros padres seguían siendo un punto obligado de referencia, ya no pertenecían a esa santísima trinidad, en definitiva los errores los habían doblegado arrojándolos de nuestro paraíso, para convertirlos en simples humanos, casi tan simples como nosotros, si es que tratamos de obviar sus "adultas" complicaciones.

Lo único que había crecido y ya se comenzaba a ver respetable, era mi gruta para venerar al Error. Había quedado tan linda, erguida en una esquina del terreno de la pretendida plaza del pueblo que la gente se acercaba a verla. Todo un punto turístico había generado yo, sin pretenderlo, muchos dejaban sus promesas, pañuelos con pedidos por cumplirse, botellas de bebidas de vicios varios, a las que pretendían dejar (siempre vacías), atados de cigarrillos, a los cuales para rendirle tributo al error, me los terminaba fumando yo.

Del vivero municipal me distraje un par de pinos pequeños y unos rosales, para darle a la gruta un marco frondoso y florido. El error bien se lo merecía, ya que nadie estaba exento de caer en él, algún día. Supuse que era atinado complacerlo con reverencias y tributos, para cuando caiga en su inexorable infierno. Mi relación con Dios ya estaba congraciada, total Dios perdona, con escaparle al cura de la iglesia para que no me bendiga

en un charco de semen, alcanzaría para ser un escurridizo feligrés dentro de la pequeña comuna.

Los grifos ya habían dejado de aullar por las noches, pero aún el silencio reinante los recordaba y me solía poner la carne de gallina, las noches que el sueño no me alcanzaba para doblegarme con sus mágicos encantos.

Lo último que supe de esas bestias mitológicas y sus torturadas vidas, estuvo signado por un reporte informativo de la televisora municipal, que mostraba a Jacinto totalmente cubierto en sangre, llevado a empujones dentro de una patrulla, bajo el cargo de haber asesinado a cuchilladas y destazado a sus progenitores, desmembrándolos. Acallando para siempre los rituales míticos que solían ejercer por las noches, esas bestias felinas emplumadas.

Su nido abandonado sirvió por años, para alimentar mis fantasías adolescentes de fantasmas, de apariciones, alentando excursiones juveniles tendientes a realizar exorcismos, robar moras y limones o a medida que nuestra "madurez" iba en aumento, servía de reducto donde llevar a Perla, la prostituta del lugar o bien fumarme algunas hierbas cultivadas por error, en un ambiente tranquilo y propicio para flor de viaje.

Bajo unas piedras en el altar del error, guardo todavía hoy día el periódico donde en la portada se podía ver la foto de Jacinto Griffó, en su gesto característico, apretando fuertemente sus labios rojo de ira. Juan Griffó y señora, ocupaban un par de parcelas en el cementerio local, obviamente bajo un par de cruces, ya que todavía yo no le había inventado un símbolo que representara fielmente al error.

Al terminar la primaria Aurelia se iría del pueblo a estudiar a la ciudad, ya que en estos pueblos no hay mas futuro que el de corretear gallinas y cometer errores. Seguramente esas cosas en las ciudades grandes no existan, al menos las gallinas. Con lo cual, mis pocas ilusiones a futuro se desvanecían de la misma manera que los álamos son despojados de sus hojas por el invierno.

Sin Aurelia el pueblo se volvió cada vez más solitario, con ella se fue buena parte de mi juventud, aunque esperaba que nunca tuviera que volver, pues el volver era sinónimo de fracaso. De por si todo regresante, solía acompañar esa experiencia con los brazos colgando al costado del cuerpo, con el rostro ceñido por la congoja, cargando mochilas de fracaso que por la lentitud de su marcha se podían sopesar. Y para esos menesteres me había quedado yo en el pueblo, para poder fracasar a mis anchas. En un lugar donde los jóvenes emigraban y los adultos pasaban a ocupar una parcela en el cementerio local, tarde o temprano

sin muchas vueltas ni rodeos.

En el medio, nada, la vida envejecer acogotando las gallinas o sacándole leche a las cabras o viceversa, aunque sacarle leche a las gallinas era más difícil, pues había que venderlas en el mercado local de un pueblo que tenía más gallinas que habitantes.

Mis días transitaban por eventos predeterminados o bien fumando con Perla en la casa abandonada de los Griffos o bien visitando la gruta, para chusmear los deseos que habían dejado los desamparados penitentes que habían quedado atrapados en ese pueblo del olvido, completaban mis horas tareas rurales dentro de una rutina tediosa. Por demás licencioso y laxativo estaba adentrándome en la adultez sin mayores anhelos que la utópica vuelta de Aurelia, quizás cultivada o enriquecida por los conocimientos que en la ciudad adquiriera, pero mucho más despectiva hacia mi persona, por mi insignificancia, seguramente. Siempre y cuando viniera montada en el caballo de una victoria netamente turística y por lo tanto temporal, su regreso al pueblo como residente estable nuevamente, no eran mis deseos, por lo antes dicho.

Mi padre, por suerte, seguía aún cobrando su sueldo de despachante de la estación ferroviaria, aunque al pueblo hacía años que no llegaban los trenes, ni las vías se habían tomado la molestia de esperarlo, pues ya se habían encargado de levantarlas y venderlas como chatarra. Ese sueldo era tan despreciable, que seguramente se lo dejaron seguir cobrando a mi pobre viejo, para no tener que contratar a una persona que lo despidiera.

Fue así que entre humos y filosofía barata se fue gestando en mí la precaria idea de tratar de salir adelante con las pocas herramientas que el pueblo me propiciaba.